

Rubén Darío

*Las albóndigas
del coronel*

Tradición nicaragüense



Edición *on-line*: Luis Rafael
Diseño digital: Pavel Alfonso

© 2001-copyright Editorial *Gente Nueva*
Editorial *CubaLiteraria*
Todos los derechos reservados

Editorial *CubaLiteraria*
Instituto Cubano del Libro
Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly 4, esquina a Tacón
La Habana, Cuba
www.cubaliteraria.com

Cuando y cuando que se me antoja he de escribir lo que me dé mi real gana: porque a mí nadie me manda, y es muy mía mi cabeza y muy mías mis manos. Y no lo digo porque se me quiera dar de atrevido por meterme a espigar en el fertilísimo campo del maestro Ricardo Palma; ni lo digo tampoco porque espere pullas del maestro Ricardo Contreras. Lo digo sólo porque soy seguidor de la *Ciencia del buen Ricardo*. Y el que quiera saber cuál es, busque el libro; que yo no he de irla enseñando así no más, después que me costó trabajillo el aprenderla. Todas estas advertencias se encierran en dos:

conviene a saber: que por escribir tradiciones no se paga alcabala; y que el que quiera leerme que me lea; y el que no, no; pues yo no me he de disgustar con nadie porque tome mis escritos y envuelva en ellos un pedazo de salchichón. ¡Conque a Contreras, que me ha dicho hasta loco, no le guardo inquina! Vamos, pues, que voy a comenzar la narración siguiente:

”Allá por aquellos años, en que ya estaba para concluir el régimen colonial, era gobernador de León el famoso coronel Arrechavala, cuyo nombre no hay vieja que no lo sepa, y cuyas riquezas son proverbiales; que cuentan que tenía adobes de oro.

”El coronel Arrechavala era apreciado en la Capitanía General de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala.

”Así es que en estas tierras era un reyecito sin corona. Aún pueden mis lectores conocer los restos de sus posesiones pasando por la hacienda Los Arcos, cercana a León.

”Todas las mañanitas montaba el coronel uno de sus muchos caballos, que eran muy buenos, y como la echaba de magnífico jinete daba una vuelta a la gran ciudad, luciendo los escarceos de su cabalgadura.

”El coronel no tenía nada de campechano; al contrario, era hombre seco y duro; pero así y todo tenía sus preferencias y distinguía con su confianza a algunas gentes de la metrópoli.

”Una de ellas era doña María de..., viuda de un capitán español que había muerto en San Miguel de la Frontera.

”Pues, señor, vamos a que todas las mañanitas a hora de paseo se acercaba a la casa de doña María el coronel Arrechavala, y la buena señora le ofrecía dádivas, que, a decir verdad, él recompensaba con largueza. Dijéralo, si no, la buena ración de onzas españolas del tiempo de nuestro rey don Carlos IV que la viuda tenía amontonaditas en el fondo de su baúl.

”El coronel, como dije, llegaba a la puerta, y de allí le daba su morralito doña María; morralito repleto de bizcoletas, rosquillas y exquisitos bollos con bastante yema de huevos. Y con todo lo cual se iba el coronel a tomar su chocolate.

Ahora va lo bueno de la tradición.

“Se chupaba los dedos el coronel cuando comía albóndigas, y, a las vegadas, la buena doña María le hacía sus platos del consabido manjar, cosa que él le agradecía con alma, vida y estómago.

”Y vaya que por cada plato de albóndigas una saya de burriel, unas ajorcas de fino taraceo, una sortija, o un rollito de relumbrantes pelucones, con lo cual ella era para él afable y contentadiza.

”He pecado al olvidarme de decir que doña María era una de esas viuditas de linda cara y de decir ¡Rey Dios! Sin embargo, aunque digo esto, no diré que el coronel anduviese en trapicheos con ella. Hecha esta salvedad, prosigo mi narración, que

nada tiene de amorosa aunque tiene mucho de culinaria.

”Una mañana llegó el coronel a la casa de la viudita.

”—Buenos días le dé Dios, mi doña María.

”—¡El señor coronel! Dios lo trae. Aquí tiene unos marquesotes que se deshacen en la boca; y para el almuerzo le mandaré... ¿qué le parece?

”—¿Qué, mi doña María?

”—Albóndigas de excelente picadillo, con tomate y chile, y buen caldo, señor coronel.

”—¡Bravísimo! —dijo riendo el rico militar—. No deje usted de remitírmelas a la hora de almuerzo.

”Amarró el morralito de marquesotes en el pretal de la silla, se despidió dela viuda, dio un espolonazo a su caballería y ésta tomó el camino de la casa con el zangoloteo de un rápido pasitrote.

”Doña María buscó la mejor de sus soperas, la rellenoó de albóndigas en caldillo y la cubrió con la más limpia de sus servilletas,

enviando enseguida a un muchacho, hijo suyo, de edad de diez años, con el regalo, a la morada del coronel Arrechavala.

”Al día siguiente, el trap trap del caballo del coronel se oía en la calle en que vivía doña María, y ésta con cara de risa asomada a la puerta en espera de su regalado visitador.

”Llegóse él cerca y así le dijo con un airecillo de seriedad rayano de la burla:

”—Mi señora doña María: para en otra, no se olvide de poner las albóndigas en el caldo.

”La señora, sin entender ni gota, se puso en jarras y le respondió:

”—Vamos a ver, ¿por qué me dice usted eso y me habla con ese modo y me mira con tanta sorna?

”El coronel le contó el caso; éste era que cuando iba con tamaño apetito a regodearse comiéndose las albóndigas, se encontró con que en la sopera ¡sólo había caldo!

”—¡Blas! Ve que malhaya el al...

”—Cálmese usted —le dijo Arrechavala—; no es para tanto.

”Blas, el hijo de la viuda, apareció todo cariacontecido y gimoteando, con el dedo en la boca y rozándose al andar despaciosamente contra la pared.

”—Ven acá —le dijo la madre—, dice el señor coronel que ayer llevaste sólo el caldo en la sopera de las albóndigas. ¿Es cierto?

”El coronel contenía la risa al ver la aflicción del rapazuelo.

”—Es —dijo— que... que... en el camino un hombre.... que se me cayó la sopera en la calle... y entonces... me puse a recoger lo que se había caído... y no llevé las albóndigas porque solamente pude recoger el caldo...

”—Ah, tunante —rugió doña María—, ya verás la paliza que te voy a dar...

”El coronel echando todo su buen humor fuera, se puso a reír de manera tan desacompasada que por poco revienta.

”—No le pegue usted, mi doña María —dijo—. Esto merece premio.

”Y al decir así se sacaba una amarilla y se la tiraba al perillán.

”—Hágame usted albóndigas para mañana, y no sacuda usted los lomos del pobre Blas.

”El generoso militar tomó la calle, y fuese, y tuvo para reír por mucho tiempo. Tanto, que poco antes de morir refería el cuento entre carcajada y carcajada.

Y a fe que desde entonces se hicieron famosas las albóndigas del coronel Arrechavala.

Fin